

17 octubre = 22

Hf

# La Risa



—¿Por qué pondrá tantas veces escabeche?

—Es que el escabeche se replete siempre.

30  
céntos



# ¡Padres que tenéis hijos!

Hoy se ha puesto a la venta la gran revista infantil

## P A N C H O K O L A T E

No dejéis de comprarla. Toda vuestra familia os lo agradecerá, sobre todo la "gente menuda"

== V E I N T E C É N T I M O S ==



¡Niños: El que no vea el primer número de

## P A N C H O K O L A T E

se pierde muchas cosas!

## P A N C H O K O L A T E

hace infinidad de regalos.

## P A N C H O K O L A T E

es la revista más barata por su calidad y cantidad.



Historietas, cuentos, pasatiempos, etc., etc.

HOY SE HA PUESTO A LA VENTA EL PRIMER NUMERO

## 20 CÉNTIMOS

## ¡ H O Y !

Diríjase toda la correspondencia al apartado 7.002.

Tlp. Yagües.—Madrid.



# REGALO A NUESTROS NUEVOS SUSCRIPTORES

LA RISA, respondiendo al favor constante del público, y para atender a las numerosas peticiones de números atrasados que se le hacen, ha puesto a disposición de sus regocijantes lectores

## Varias colecciones de LA RISA

que regalará a los nuevos suscriptores que, a partir del presente mes, abonen la suscripción de un año, cuyo importe es de 15,60 pesetas para los de Madrid, provincias y América, y de 19,20 para los  
:: :: :: del Extranjero. :: :: ::

**¡QUEDAN MUY POCAS COLECCIONES!**

**¡Hay que ver!... ¡Hay que ver!...,  
lo que por ocho "riales" puede adquirir usted.**

SE HAN PUESTO A LA VENTA LAS MAGNÍFICAS TAPAS EN TELA, CON ESTAMPACIONES EN ORO, PARA ENCUADERNAR EL PRIMER SEMESTRE DE LA RISA  
:: :: :: :: AL PRECIO DE :: :: :: ::

**DOS PESETAS**

Se envían a provincias remitiendo el importe anticipado en giro postal o sellos de correos, añadiendo 0,60 pesetas para gastos de envío certificado.

**LA RISA**

**BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN**

D. .... habitante en .....  
..... provincia de ..... calle de .....  
..... núm. .... desea suscribirse por un año (1) .....

EL SUSCRIPTOR.

..... de ..... de 1923.

(1) En este hueco se pondrá: «Remitiendo su importe de ..... pesetas en giro postal» o «Abonando el importe al recibir el envío contra reembolso».



## CONCURSOS DE "LA RISA"

Para dar variedad a esta sección, admitiremos anécdotas graciosas ocurridas a personas conocidas de la antigüedad o contemporáneas, para alternar su publicación con los piropos, en las mismas condiciones que éstos.

Para tener opción al premio de DIEZ CINCUENTA PESETAS es condición indispensable que los piropos se ajusten a las «Bases del concurso para caballeros» publicadas en los números 14 y 16 de este semanario.

Los PIROPOS deben venir escritos en papel aparte; pero siempre acompañados del cupón.

Dos advertencias que no deben olvidar los que nos envían PIROPOS para publicar en esta sección:

Primera. Que el crecidísimo número que diariamente se reciben, obligan a guardar turno para su publicación. Segunda. Que la gran cantidad que hay que rechazar por inmorales, injuriosos o por carecer del correspondiente cupón, no puede merecer el honor de contestar a cada autor en la sección de «A vuelta de correo», porque ello agotaría por completo el espacio dedicado a esta correspondencia.

—¡Jesús, que mujer! Si el ser bonita fuera una enfermedad, se iba a pasar la vida agonizando.

(Piropo premiado.)

UN MADRILEÑO.

## PIROPOS RECIBIDOS

—Adiós, vida: Tengo ganas de tener un café con «souper tango» para que alterne usted.—MANUEL ROBLES.

—Negraza: Por una mirada de tus ojos era yo capaz de atravesar el cráter del Etna en bicicleta.—PEPE GATERAS.

—Si fuese usted amontillado fino, cualquiera me quitaba la «tajá», alma mía.—UN ANTI-ALCOHÓLICO.

—Morena: Póngase detrás de mí, porque me resbalo en la sal que usted derrama.—UN CALVO.

—Vaya con Dios la mujer de más carne de Madrid, que en cuanto se hunda la Cibeles la substituirá usted montada en un volquete, y a otra cosa.—MANUEL ROBLES.

—¡Vaya pantorrillas! Me las comía crudas para desayuno.—UN ANTROPÓFAGO.

—¡Olé! Ya hay sol a todas horas.—UN FAROLERO.

—Niña: Con ese cuerpo y esa gracia tié usted que destrozar más hombres que la batalla de Covadonga.—UN CALVO.

—¡Josú, qué ojos! ¿Quiere usted que le ayude a llevarlos.—UN FLOJO.

—¡Olé, lo más bonito de Madrid! Tiene usted un cuerpo con tanta gracia, que cuando la veo me creo que estoy en los tubos de la risa.—MANUEL ROBLES.

—Es usted una sardina, niña: mucha sal; pero más fea que verse unabrowning a boca-jarro.—UN EXIGENTE.

—Gitana: Eres más cañí que las del Sicro Monte.—PEPE GATERAS.

—Si la gracia fuera volumen y usted se marchara a América, los restos los recibirían sus tataranietos.—UN COSARIO.

—¡Josú, qué barbaridad! Un monumento andando.—CURRITO.

### CUPÓN

#### NÚMERO

## 33

Para acompañar a todo piropo, trabajo literario o dibujo, sin cuyo requisito no será admitido.

(Este cupón sirve para un solo trabajo.)

—¡Huy, mi arma! ¡Josú, qué cara! Es osté más fea que un tuerto mirando al Sol.—ODRANDE ZEAS.

—Niña: No taconeé usted tanto, porque me va usted a gustar más que el «jazz band» peruano.—MANUEL ROBLES.

—¡Bombero! ¡Bombero! Que esa mujer me mire.—ME QUEMO.

—Oye, niña: Me estás gustando más que los chorizos de Cantimpalo.—PEPE GATERAS.

—Viéndola, se está más intranquilo que en Barcelona.—UN PATRONO.

—Si la gracia se comprara, no se gastaría su papá ná pa dejarle una herencia.—UN ROÑOSO.

—¡Pero venga usted aquí, ingrata! ¿No ve que ese hombre se está helando? ¿Será usted tan mala que no le echará una mirada con esos ojos para que se caliente?—ODRANDE ZEAS.

—Bendita sea su abuela, que tuvo un hijo que supo hacer una cosa tan bonita como usted.—RAFAEL RIPOLLÉS.

—Niña: Es usted más salá que las patatas fritas que venden en la verbena.—UNO QUE LE GUSTA LA SAL.



# La Risa

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

: DOCTOR FOURQUET, 4.—MADRID :

APARTADO 7.002. — TELÉF. 30-76 M.

SEMANARIO HUMORÍSTICO :: SE PUBLICA LOS DOMINGOS



—¿Por qué me sigues, chico?

—Pues, porque le he oído decir a mi padre que le iba a tocar el gordo, y quiero verlo.

Dibujo de HERRERO.





## LA VIDA Y LA NARIZ

**C**AMPECHANAMENTE decimos que la vida tiene muchos pares de narices; pero se nos olvida dedicar a las narices toda la importancia que en la vida merecen.

Oler bien supone medio camino andado para vivir bien. «La higiene y el aseo—dice la sabiduría académica—son los padres del buen humor.» Realmente, la salud hay que buscarla hoy, antes que en una farmacia, en una perfumería. La varita mágica que hermosea a tantas mujeres y a tantas ciudades es ahora una pastilla de jabón.

Lo bien perfumado cautiva irresistiblemente, y esto empieza a saberlo España: aunque poquito a poco. La felicidad es un soplo de esencia cara que busca el camino del corazón, metiéndose ennos previamente por la nariz. Se habla del aliento fragante de la novia; las rosas que se venden por abril en las esquinas las compramos porque las pregonan: «¡De olor, y qué bonitas!...» El hombre de alguna sensibilidad que se mete en el Metropolitano a ciertas horas, renuncia a los placeres de la locomoción. Hay en la política y en otras profesiones cosas que apesantan; pero los coches atestaditos del Metro les

aventajan. Todavía no se ha disipado en la carretera del Pardo el tufillo de carne zafia y febril que durante el verano almacenaban los merenderos, los autos y los tranvías.

Madrid, por su parte, progresa; son ya innumerables las casas donde hay cuarto de baño.

Y tampoco pueden contarse las familias que han descubierto que en el baño se lava con bastante comodidad la ropa blanca.

El día que en España no huela tanto a podrido, como en aquella Dinamarca de *Hamlet*, nuestra redención será menos utópica que actualmente. Costa decía que necesitábamos pan y cartilla; se le olvidó pedir un poco de agua en una jofaina.

España es, contra lo que en el Extranjero se cree, un pueblo que trabaja mucho; lo sensible es que suda demasiado y no se enjuga bien el sudor.

El olfato es el primero de los sentidos de todo ser culto y decente. El delito de «olfateo» no se descubre. Hay muchas novelas que las «olemos» antes de decidirnos a apechugar con sus trescientas páginas. Cuando el mal amigo nos engaña o la bien amada nos traiciona, nuestra amargura se sintetiza en una frase poco poética, pero gráfica: «Esto me estaba dando en la nariz...»

La mujer que pasa, dejando una estela de aroma, tarda más en olvidarse que la que no se perfuma. ¿Pero hay alguna mujer que deje de perfumarse?

Sus besos, sus cartas, impregnadas en buen olor, llegan a formar parte inseparable de ella. Más de una vez, estando en cualquier perfumería, hemos evocado a la muy querida porque, de improviso llegó hasta nuestro olfato la fragancia del «Origan» que ella usaba...

Hay seres humildes que huelen a pulcritud, a conformidad, a apetito de vivir. El malhumor de muchos es una pestilencia. Cuando aspiramos un buen olor, como somos unos pobres hombres a fin de cuentas, cerramos los ojos. Y si el olor es grato de veras, declarémoslo: igual desfallecemos delante de la amada que en presencia de un buen guiso. Hay momentos en la vida en que una rodaja de merluza frita nos desorienta tanto como una deidad vestida por cualquier brujo de la rue de la Paix.

Oler equivale a conocer por anticipado. El olor es el herald, el embajador, el que precede, anuncia e identifica.

Mucha gente no le da todavía al olfato la importancia que se merece. A nuestro juicio, hacen mal, aunque nosotros no seamos todavía de los devotos del queso de Cabrales o de Rochefort, productos a los que llamaremos pebeteros.



—¡Adios, reina!

—¡Adios, empedrador!

Dibujo de PEPE CARIÑO.



del espanto. Pero prescindiendo de estas aberraciones, a que la nariz, como cualquier otro órgano, tiene indiscutible derecho, el olfato ejerce en nuestra vida funciones decisivamente trascendentales de timón. El nos encauza y guía. ¡Desgraciado de aquél que no «se huele las tostadas», que no «husmea» las sabrosas aventuras, que no «barrunta» los sitios donde se puede lograr una credencial o un negocio! Cuanto más larga se tiene la nariz, más se ahonda y perfora en la vida. El que pudiese blandirla como una espada o manejarla como un zurriago sería el amo. Españoles hay que comen a dos carrillos, no por tener talento, ni audacia, ni agilidad, ni astucia, sino por haber olisqueado el plato que estaba condimentándose a espaldas de la ley y aun de la misma cocina...

E. RAMÍREZ ANGEL



—Oiga, Dominga: el señorito ha encontrado una mosca en la sopa.

—¿Una sola? Pues estoy segura de que han caído tres?

## ANECDOTA CURIOSA

### GRITOS SUBVERSIVOS

EN un Juzgado municipal de Madrid, allá por el año 1917, celebrábase un juicio de faltas contra un obrero panadero, acusado por un sereno de haber cruzado por las calles de su demarcación en completo estado de embriaguez y profiriendo gritos subversivos.

El letrado que actuaba en aquel Juzgado de fiscal era el hijo de un ilustre político conservador, de larga historia periodística, que ha ocupado multitud de cargos preeminentes, hasta llegar a ostentar la jefatura del partido.

En la ocasión a que nos referimos era ministro.

Comparecieron ante el tribunal el sereno denunciador y el panadero denunciado, y el fiscal aludido interrogó al primero:

—Sereno, ¿por qué detuvo usted la noche de autos a este señor?

—Señor, porque iba en completo estado de embriaguez, y profiriendo gritos subversivos — contestó el sereno.

—¿Qué dice usted a esto?—interrogó el fiscal al panadero.

—Que tó cuanto dice el señor sereno no es verdad. Yo iba un poco alegre, na más, y por eso cantaba.

—¿Y qué cantaba usted?

—El alirón.

—Vamos a ver, sereno: ¿por qué afirma usted que eran gritos subversivos los que este señor profería? Repita sus palabras.

—¡Ah, señor, no pué ser. Me da cortedaz!

—Vamos, dígalos; si aquí no nos asustamos de nada.

—¡Non señor; non puedu!

Después de un buen rato de insistencia por parte de los señores del Tribunal para que el sereno repitiera lo que él juzgaba gritos subversivos, éste decidióse al fin, y adoptando los movimientos propios, berreó, más que cantó, lo siguiente, substituyendo los puntos suspensivos que nosotros empleamos por los apellidos del padre del fiscal del Juzgado que con tanta insistencia pedía al sereno que repitiera lo que había oído:

*Alirún, alirún, ... es un ca... rbón.*

El juez tuvo que agitar rápidamente la campanilla declarando el juicio concluso para sentencia, porque vió que la hilaridad de los que asistían al acto, excepto la del fiscal, era materialmente irreprimible.

Dibujo de HERRERO.

José TAVORA



## LOS ABUSOS TEATRALES

EN todo hay abusos, y si se pone el nuevo Gobierno a cortarlos, no crea que no tiene tarea para largo.

El abuso que ahora vamos a denunciar ante quien corresponda es el empleo, con repetida monotonía, de las mismas frases, trucos y efectos en diversas obras teatrales. Es decir, que aquello sacado de su cabeza por un señor—a veces entresacado de un cajón de la mesa de contaduría—, sirve para rellenar la tripá de otras obras de distintos autores.

A uno se le ocurrió que un personaje dijera: ¡Mi madre!; pues no quieran ustedes sacar la cuenta de las veces que ya hemos oído esa frasecita en escena y los golpes que la han dado, adulterándola y modificándola:

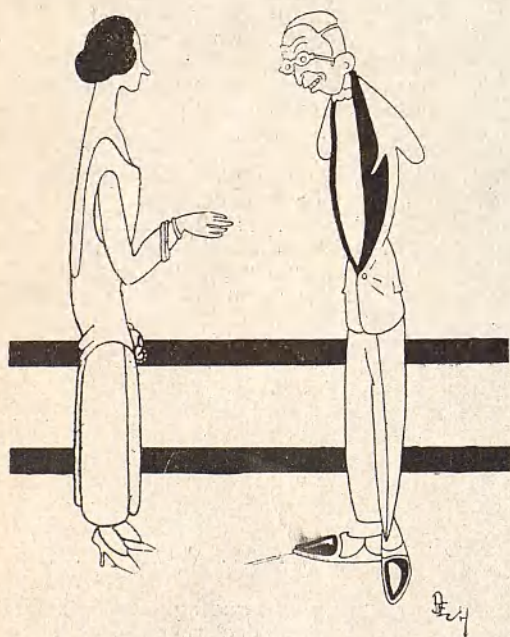
—¡Mi madre!

—¡Mi tía!

—¡Mi abuela!

En una obra estrenada hace cosa de quindías, después de decirlo hasta con música, hay un personaje que exclama: «¡Mi pulverizada madre!»

¿Cabe mayor tontería y, al propio tiempo,



—A los pies de usted, señorita.

—Beso a usted la mano, caballero.

Dibujo de AUGUSTO.

mayor falta de respeto hacia lo que para el personaje debe ser memoria sagrada?

¡Mi pulverizada madre! Eso repugna el oírlo y debió acontecer lo propio al escribirlo; pero sí, sí, la cuestión era darle un golpe más al manoseado chiste, suponiendo que lo sea, y hacer *de reír* al público. ¡Más valía que los acomodadores fueran haciendo cosquillas a los espectadores debajo de la barbilla, y así seguramente que arrancaban mayores carcajadas!

Pues como con la manoseada frase, ocurre con otra porción de cosas teatrales, hasta el punto de que el ciudadano que tiene cierta costumbre de concurrir al teatro, es raro que se vea gratamente sorprendido por nada de lo que se oye.

—¡Caray! Ese efecto teatral es la octava vez que le veo en un escenario.

Y volviéndose al espectador más inmediato no puede por menos de comunicarle su impresión de monotonía.

—Tiene usted razón; yo le conozco el *truco* ese como si le hubiera criado a mis pechos. ¿Se apuesta usted algo a que ahora, las segundas tiples, evolucionan cogida de la cintura y andando hacia atrás?

Efectivamente, poco después las muchachas hacen el movimiento anunciado por el espectador y éste lanza un grito de satisfacción como si acabara de ver premiado un décimo que llevara en el bolsillo.

Acuden los acomodadores presurosamente y le preguntan:

—¿Se ha puesto usted malo, caballero?

—¿Yo? El que debe estar como para pedir una cama urgentemente en una clínica es el autor de esta obra. Haga usted el favor de ir a contaduría y decir de mi parte que le pelen.

—¿A mí? No creo que tengo el pelo tan largo.

—¡Al autor! Rediez, y que «iniciatero» es el hombre.

A esto dan lugar los abusos y la repetición de chistes, versos y cantares que tiene la obra. Por todo lo cual, propongo que el primer autor que en realidad ponga en sus obras algo nuevo, debe registrarlo y sacar patente, y luego emplear remedios eficaces y radicales a la menor copia que vea de su iniciativa: dos estacazos a tiempo quizá evitasen muchos abusos. Seguramente que la literatura teatral lo agradecería infinito. ¡Y los espectadores, no digamos!...

A. R. BONNAT



## CHISTES MÍOS Y DE USTEDES

ROBARON un espléndido decorado a un extranjero en Sevilla. Era un artista muy enemigo de España y comenzó a decir que aquello no pasaba mas que aquí.

—¡Oh, qué granuja! ¡Ladrón, miserable! Llevar mi decorado.

Y un andaluz que lo oyó, le dijo:

—No lo crea usted; ese ladrón es un personaje. Como lo cojan vera usted cómo viene *condecorado*.

\* \*

Llegaron bebidos al cuartel los tres soldados más limpios y buenas personas que había en el regimiento.

El oficial de guardia, al verlos en aquella deplorable situación, les dijo:

—No tengo más remedio que castigarlos, aunque el castigo será leve. En lugar de mandaros al calabozo os van a dar diez

palos a cada uno. Ahora, que os permito que os pongáis en la espalda lo que queráis para atenuar el castigo.

Uno era catalán, otro gallego y otro andaluz. El catalán se adelantó y le dijo al oficial:

—Miri, a mí no me gusta falsificar la verdad: que me den los palos al natural.

Le dieron los diez palos, y el gallego dijo:

—Yo me pondré una almohailla.

Y le dieron los diez palos.

Y como el andaluz no se decidía a hablar, le preguntó el oficial:

—¿Qué quieres tú que te pongan en la espalda?

Y el andaluz, muy tranquilo, dijo:

—Que me pongan al catalán.

\* \* \*

Decía un paleta en San Clemente:

—El que se acuesta sin cenar es porque quiere.

—¡Y luego dice mi señora que está casada con un triste empleado!



Dibujo de PELLÓN.



Y uno le preguntó:  
—¿Y si no tiene qué cenar?  
—Pues que no se acueste.

\* \* \*

Tenía un fondista de pueblo un corral de gallinas que era un encanto, por lo menos para los huéspedes.

Le regalaron un loro que charlaba por los codos, y creyendo el fondista que podrían aprender las gallinas fácilmente a hablar oyendo al loro, lo metió en el gallinero para que las vecinas de cuarto se acostumbraran a oírlo y rompieran a charlar.

¡Llegó una noche una comisión a la fonda, y el fondista mandó que entraran a saco en el gallinero y no dejaran una viva.

El loro era más vivo que un imitador de estrellas de variedades, y al ver la degollina y notar que el cocinero le metía mano, pegó un salto y gritó:

—¡Ojo, amigo; que yo he venido aquí de profesor de lenguas!

\* \* \*

Decía un filósofo que la maravilla más asombrosa es la de la maternidad.

—Ya ven ustedes—les decía a sus discípulos—; nace el niño, y en aquel momento puede el padre hallarse en Bombay, aunque el hijo nazca en Sax. Pero la madre es otra cosa: nace el niño, y nazca en el pueblo que nazca, al acabar de nacer ya tiene allí a su madre.

Luis ESTESO



—Has visto hacernos traición ese canalla de Julio?

—¡Ya lo creo, hombre! Pero yo te juro que el día primero de agosto será el último de Julio.

Dibujo de CUÉLLAR.

## EN BIARRITZ

Yo, como lo saben todos los que no lo ignoran, he permanecido este verano unos días en Biarritz. Mi admirado amigo, el estupefaciente novelista Joaquín Belda, al que presté unos duros—todo hay que decirlo—para que se pudiera marchar al delicioso lugar veraniego, me envió un billete de caridad—que el hombre sabe agradecer los favores—, y a Biarritz me fui, y si no me voy a Buenos Aires es porque no puedo.

A todo bicho viviente que veranea le ocurren «la mar» de cosas. En Biarritz he tenido yo dos casos que los puedo titular así: «El hombre más guapo del mundo» y «El fantasma de los pasillos».

Se los voy a contar a ustedes:

«El hombre más guapo del mundo». (Con permiso de Alvaro Retana.)

Este hombre, lector, no es Retana, Tomasito Borrás, Artemio Precioso, ni Diego San José... Es un hombre que no escribe: un hombre feliz, vamos. Le he conocido en circunstancias verdaderamente de novela policíaca, en el hotel de Biarritz, donde para adquirir una habitación hay que pegarse con el lucero del alba, y aun así es difícil hallar alojamiento. Yo, gracias a una tanguista sentimental, amiga mía, conseguí una alcoba que hasta entonces fue despacho. En esta pieza había una gran caja de caudales, que yo, a falta de armario ropero, usé para guardar mis ropas.

Una tarde, después de dar un paseo por la playa en compañía de unos pistoleros, regresé al hotel para cambiarme de ropa, pues tenía que ir con la marquesa de X a tomar el té a alta mar; en una gabarra.

Abrí la caja de caudales y de ella salió un hombre, el hombre más guapo del mundo. Saqué el revólver, creyendo se trataba de un ladrón. Pero, no; no era un caco. Se apresuró a explicarme...

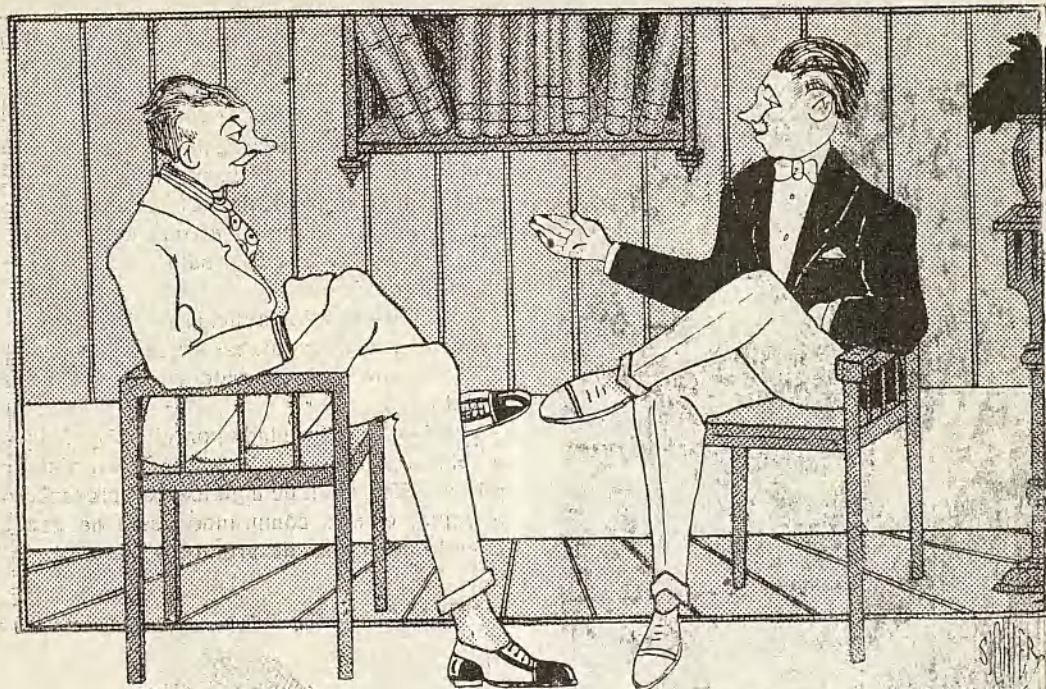
—Señor..., usted me perdonará... Yo, el hombre más bello del mundo, aunque no lo ha dicho ninguna publicación, soy incesantemente perseguido por las más bellas y célebres mujeres de Madrid: la Hidalgo, «Chelito», Teresita Saavedra, Zuffoli, Paquita Torres, Pepito Zamora... ¡todas, señor, todas! No me dejan vivir; me tienen chamuscado. Hoy, al salir del hotel, he visto a una de esas mujeres que en Madrid juró raptarme, y que para ello se hace acompañar por tres tíos muy brutos. Temo mucho a esta individua, pues cuando juró que me raptaría, Luis Esteso, que presenciaba la escena, le dijo que ella ni era capaz de raptarme y que más valiera que se peinara. Esto le hirió el amor propio y... nada que me rapta. Al verla, he salido corriendo y me escondí en esta caja de caudales... para que no me robaran... Esto es todo, señor...

—Pues bien, caballero. Tan amigos, pero espere un momentito...

Oprimí un timbre y se presentó un camarero. Y dije:

—Entregue usted a esta preciosidad de hom-





—Dudo que haya quien posea pensamientos tan grandes y tan hermosos como los de un amigo que yo tengo.

—¿Es novelista, poeta?

—¡No, hombre! Es jardinero.

Dibujo de SIQUIER.

bire a la primera pareja de guardias que encuentre.

El hombre «bonito» me llamó «besugo».

\* \* \*

«El fantasma de los pasillos». (Con permiso de «Ella».)

Yo bien sé lo que me ocurrió aquella noche; pero no se lo digo a ustedes porque lo adivinarán en cuanto les diga que salí más de treinta veces al W. C.

En uno de mis viajes «nocturnos, al regresar de las iniciales mencionadas, vi en la semiobscuridad del pasillo una sombra, y en seguida un bulto. Me chocó mucho aquello, e intrigado, observé detenidamente. El bulto era un hombre envuelto en una sábana. A punto estuve de dar unos grititos pidiendo luz y gente; pero el placer de lo desconocido me contuvo.

Aquel hombre llevaba una linterna eléctrica que iba enfocando en los números de las puertas. Parecía que buscaba un número determinado.

Contuve la respiración... y tropecé con una escupidera. Al sentir el ruido que produjo, el fantasma comenzó a evolucionar como una danzarina del teatro Reina Victoria, sin duda para meterme miedo, pues me acababa de ver, enfocándome su linterna.

Tuve miedo, la verdad sea escrita, y creí que

que la «dñaba» de espanto. Pero, afortunadamente para mí, el ensabanado se descubrió al reconocermelo.

El fantasma era, nada menos, que Joaquín Belda.

—¡¿...?!

—¡Chist!... En el cuarto número cincuenta y tres se aloja una dama que está deseando ver entrar una noche en su cuarto a su difunto marido para jugar con él un rato a la baraja... Y yo voy en plan de marido resucitado para unas horas. ¡Pero soy un vivo!

—Bueno. «Siempre la aventura tu pecho cautivo», que se canta en *La duquesa del Tabarín*.

Y me deslicé por las sombras del pasillo...; pero tuve que retroceder para ir una vez más al lugar que ustedes saben. Al pasar por donde estaba el «fantasma» vi a éste arañar la puerta del cuarto número cincuenta y tres y le oí que decía con voz cavernosa:

—¡Abre, Simona, que es tu Aniceto! ¡Abre o me como la caja de cerillas!

.....  
En Biarritz suceden cosas que... sirven para fabricar artículos.

¿No te parece, lector?...

NICOLÁS DE SALAS

Tokio, 1923.





AURORA JAUFFRET «LA GOYA»

Hoy las páginas de LA RISA tienen el honor de publicar el retrato de la reina de la canción y la belleza española.

Aurora: ¿tiene usted que reírse con esto del rapto!

## EL GRAN SUCESO DE LA SEMANA

El notable dibujante Márquez, en un acceso de hidrofobia pasional, rapta a «La Goya». — En todo el mundo hasta las bocas de riego hablan del caso morrocotudo. — «La Goya» logra ponerse en libertad. — El dibujante ingresa en un convento. — Y nada más.

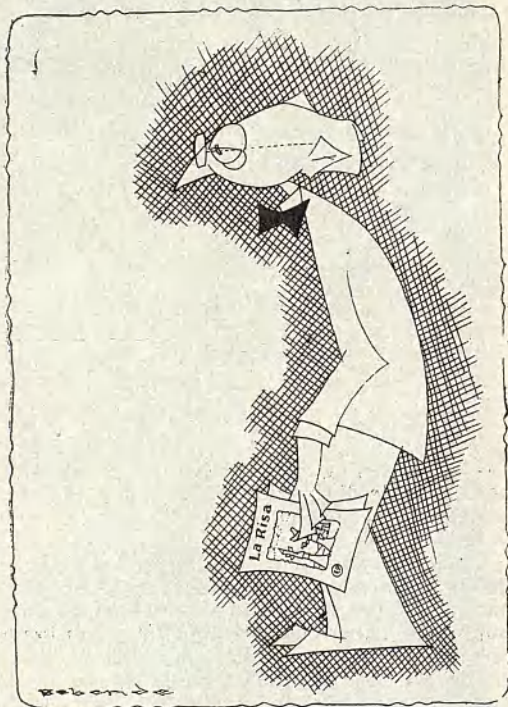
La noticia nos ha hecho el mismo efecto que el que nos causara una bomba aliñada por el anarquista de más éxito y arrojada a nuestros pies con una fuerza sansonesca. Nunca creímos, dicha sea la verdad, que el dibujante Márquez, a pesar de ser un gran aficionado al bello sexo, iba a cometer el «guisado» que ha cometido.

Uno de nuestros redactores, que es un *hacha* manejando el *patinette*, montó en uno de los

varios que tenemos en esta [Redacción] para los casos de urgencia y se dirigió al domicilio de la estupefaciente mujer y genial tonadillera Aurorita Jauffret «La Goya», para enterarse bien de lo ocurrido; pero, desgraciadamente, no pudo realizar sus higiénicos propósitos, porque encontrándose en la escalera de la casa de la gran artista con un individuo al que debía unas pesetas, se vió precisado a salir corriendo, hasta llegar al *desboquen*.

Pero gracias a las noticias que hemos podido coger al vuelo con una red de cazar galápagos, el lector [quedará enterado de algo de lo sucedido.

«La Goya» [fue raptada por el señor Márquez en plena calle Alcalá. La estupenda artista, según manifestación de algunos que presenciaron el rapto, estaba comprando castañas asadas, cuando de pronto, de pronto, y de un *auto* lu-



PELIFE MÁRQUEZ (Visto por Beberide)

Este tío es un dibujante bueno como la mortadela, y popular como el sarampión.

Vedle: parece que no ha roto un plato. ¡Y no hay almacén de vajillas que pueda surtirle!

Veinte años nada más tiene el alma mía, y ya ven ustedes lo que se dedica a hacer.

¡A Santa Rita con él!



joso saltó un hombre con un saco debajo del brazo izquierdo, que se abalanzó hacia la artista, a la cual tapó la cabeza con el saco. Rápidamente la cogió en brazos, y luego, nada. Una nube de humo del *auto* y otra de público sorprendidísimo...

\* \* \*

El caso es comentado en todo el mundo. Muchos mudos han recobrado el habla para charlar sobre el particular, y no pocos sordos escuchan atentamente la aventura de Márquez con «La Goya».

\* \* \*

A última hora recibimos noticias de que Aurorita se halla tranquilamente en su casa, y que Márquez, el excelente caricaturista, ha ingresado en un convento de La Toja, dolorido de su aventura. Allí yace *yaciendo* gorritos de papel.

Descanse en paz el dibujante humorista y viva «La Goya», obteniendo, como siempre, ruidosos éxitos con su arte insuperable y personálísimo.

(Agencia Camelo.)

N. DE S.

(En una estación del Metropolitano que se acaba de inaugurar en el Polo Norte, 1923.)

## COMPARACIONES

La mujer, en ocasiones,  
digna es hoy de comparar  
con las calificaciones  
que en examen suelen dar.

La que hace perder el tino  
y tiene un busto turgente,  
es de las que yo examino  
y digo: ¡*Sobresaliente!*

A la que es fea de cara  
y consigo que no hable,  
digo: ¡Qué cosa más rara!  
¡Esta chiquilla es *notable!*

A la que en pruebas de amor  
no cautiva al ser amado,  
yo la «suelto» sin temor:  
Esta, sin duda, *ha-probado.*

A la que cariño no halla,  
la diré lo que yo pienso:  
¡Vaya, vaya, vaya, vaya!  
Usted merece un *suspenso.*

Y a la que novio no atrapa,  
por último, la diré:  
«Venga en septiembre más guapa  
y entonces *la-probaré.*»

ALFREDO OLAVARRIA



—Estoy fastidiada con mi novio. ¡Mira que no dejarme ir a la verbena, porque dice que me puede tocar un melón fresco!

Dibujo de SERNY.





«EL BANDIDO DE LA SIERRA»  
Y «EL PIBE DEL CORRALÓN»

ENRIQUE Borrás inició su campaña del Centro, que, según dicen los que la dan de bien informados, va a ser la última que haga en castellano, con el estreno del drama de Luis Fernández Ardavín, titulado *El bandido de la sierra*, que gustó mucho a la concurrencia, menos a la crítica, menos a nosotros, y mucho menos que a nadie a los amigos íntimos del autor. Estos dicen que juzgan incompatible la dramaturgia y los versos con la gerencia de una fábrica de lejías. Pero, ¡bah!... ¿No es *Azorín* un gran escritor, y al parecer de algunos un gran crítico, y su riqueza la debe a una espléndida fábrica de aguardientes que posee en Monóvar? ¿No es ese otro gran fabricante de aguardientes que se llama Artemio Precioso, aunque nosotros le cambiaríamos *Artemio* por *Abstemio*, un mal escritor? ¡Qué más da una fábrica por otra!

Aunque Fernández Ardavín acostumbra en sus dramas a hablar de los Comuneros con motivo de la Reconquista, y de Carlos II *el Hechizado* cuando Cervantes escribió el *Don Quijote*, no encontramos en *El bandido* dislates de mayor cuantía, acaso por espíritu paradójico, y siendo un bandido miserable de la sierra, en él (en el drama) todo está bien... Sobre todo Borrás y Ruiz Tatay, que están archiestupendamente bien.

Ruiz Tatay-Borrás, Borrás-Ruiz Tatay. He aquí dos grandes actores de estilo diferente; pero que se complementan, hasta el extremo de que ya hoy no se concibe al uno sin el otro, o (como diría un Perico Muñoz cualquiera), al otro sin el uno.

Del resto de la compañía merecen destacarse muy notablemente al lado de los dos colosos: Adela Calderón, Irene Barroso, Isabelita Barrón y Manolazo Domínguez Luna, que es un cómico semejante a diez catedrales juntas en una estatura de 0,65.

Y Demetrio Alfonso, activísimo, atento a todos los detalles, complaciendo... a todos los que merecen que se les complazca.

Y que conste: *El bandido de la sierra* es muy aplaudido y merece verse. También es cierto que ahora se aplaude a los bandidos...

*El pibe del corralón* es un propósito, como ya hemos dicho en un número anterior, escrito para NARCISIN por el peor periodista del mundo, señor Escobar, y por el español y aplaudi-

dísimo autor señor Viérgol, que como sabe hacer teatro, naturalmente, ha influido poderosamente sobre su colaborador, hasta el punto de lograr el éxito de *El pibe*, representado en Buenos Aires 600 veces, y por las señales del comienzo otras tantas en Madrid.

*El pibe del corralón* tiene de sainete y de melodrama; pero para decir verdad, *El pibe del corralón* es NARCISIN, NARCISIN y NARCISIN.

¡Qué prodigio de cómico, señores! ¡Qué aplomo, qué seguridad, qué dominio escénico! ¡Qué gracia en las situaciones graciosas! ¡Qué emoción, qué sentido del matiz en los momentos patéticos! Vamos, para quedarse bizcos de la sorpresa. Y todo eso un chicuelo que puede uno metérselo en un bolsillo de la americana. Un niño que apenas tiene once años de edad.

Claro que a los incapacitados para sentir ternura este espectáculo no les interesa, no les va. A Eldorado a ver a NARCISIN hay que ir siendo un poco niño, como pedía Benavente en su prólogo célebre. Por eso este espectáculo es ideal, además de para los niños para las mujeres, más comprensivas, mejores que nosotros los hombres; siempre, siempre, un poco niñas.

En *Los granujas* el éxito de NARCISIN es enorme, porque «Cañamón» (el personaje) es un niño, y quien lo es no puede, naturalmente, encontrar rival en esta obra.

En *El pibe del corralón*, también niño, es tal su acierto de interpretación que asombra, que maravilla.

En fin, señores, un suspiro que se escapa a nuestro pecho: «¡Por fin viene de América un gran artista!...»

Claro que éste... es español.

Por el que va, corre y oye...

EDUARDO M. DEL PORTILLO

### Noticias desopilantes.

Loreto y Chicote pasan a La Latina, donde seguramente van a hacer una gran temporada en aquel teatro popular. Entretanto la compañía de dicho coliseo va a Price y estrena allí la zarzuela de Luna, Merino y Avecilla, *Su Majestad*.

En el Cómico sigue—¿cómo no?—la racha de buena suerte. Éxito, éxito, éxito, que equivale a decir: Dinero, dinero, dinero. Que siga, deseamos, porque quien se ve con buen deseo al Arte y al público, lo merece.

TEI ÓN





ELLA.—Me figuro que no me pedirás responsabilidades.  
 EL.—No, hija: nombraré sólo una Comisión investigadora.

Dibujo de HERMÚA.



## ¡OH, LA OFICINA!

CON la nueva ley dictada para los funcionarios civiles están sucediendo cosas preciosísimas.

Como ustedes sabrán, raro es el sujeto que no cobra en España haberes por algún Ministerio, y algunos en dos y más también, que ya he conocido yo casos.

Pues bien; a pesar de eso, las dependencias oficiales eran, mal comparadas, una especie de desierto de Sahara, sin más oasis que el de algún desgraciado que iba allí a tomarse un café con tostada porque lo hacía más cómodamente que en el café de Correos, pongo por ejemplo.

Ahora la entrada en estas oficinas parece una recaudación de cédulas sin apremio.

Porque raro es el español que no ha tenido algún personaje político que lo haya colocado en Fomento, Marina o Hacienda, a fin de pasearse tranquilamente y tener algunas pesetillas el día primero.

Uno de éstos precisamente, que en vez de ir a la oficina estudia para cantante de zarzuela, me lo encontré la otra mañana y le pregunté por su empleo.

—¡Qué hay, Recuélez! ¿Cómo va esa Marina?

—Calle usted, hombre; lo que es la salida del tenor me trae loco.

—Pero, hombre, si me refiero a su destino.

—¡Ah, sí, caramba; perdone usted! Bien. Es decir, mal, porque desde ayer hay que ir a las

nueve. Menudo apuro. Gracias que me acompañó mi señora, porque yo, vamos, no tenía ni idea de que existiera ese Ministerio.

—Caray, ¿pues y la nómina?

—Me la traía un portero a casa por dos pesetas, y tan contento.

Otros pollitos *bien* (bien gandulazos, vamos) maldicen de Primo de Rivera por no querer hacer honor a su apellido, y gritan que esto es ¡la caraba!, y que ¡qué país es éste que se dan destinos para trabajar cinco horas!.

Y el otro día, un compañero mío de oficina me porfiaba que el Ministerio de Hacienda tenía antes la entrada por Peligros y que la habían ocultado con un tabique. ¡Calculen ustedes lo que habría asistido a la oficina!

Pero lo que verdaderamente tiene gracia, señores, es lo que ocurría hasta hace poco en la Diputación Provincial, donde un amigo mío, por mediación de un político influyente, consiguió, a falta de otra cosa mejor, una credencial de jama de cría! de las que figuran en nómina para amantarse a los niños que caen en el torno de la Inclusa, con el haber mensual de 75 pesetas. ¡Rigurosamente histórico!

Mi amigo, que se llama Corujedo, estaba un poco avergonzado del empleo, ya que, como ustedes comprenderán, no tenía condiciones para desempeñarlo; y de tal modo se azoró el día que tuvo que ir a cobrar su primer nómina, que la vergüenza asomó a sus mejillas tan pronto atravesó el umbral de la insigne casa.



—Estaba llorando, y en cuanto le he comprado el pito se ha callado.

—¿De forma que el que no lllore más el chico le ha importado a usted un pito?

Dibujo de GALINDO.



Pero juzguen ustedes su admiración cuando, llegada la hora de pagos, vió al habilitado que, sacando la cabeza por la ventanilla, exclamó en voz alta:

—¡Amas de cría! Se va a pasar lista: Don Bonifacio Gutiérrez.

—Presente—contestó uno de los que aguardaban, una voz que para sí la quisiera Titta Ruffo, por lo gruesa, y unos bigotes y unas barbas que ríanse ustedes del celebrado Júpiter.

—Cien pesetas—murmuró el habilitado.

Y acto seguido el aludido alargó la mano con la mayor frescura.

—Don Sandalio Tartajo.

—Presente—contestó otro sujeto con una jorobeta en la espalda, que si la tiene por delante aun hubiera dado que hablar respecto a su empleo.

—Cien pesetas.

Y así sucesivamente doce o catorce individuos, hasta que le llegó el turno a Corujedo, que oyó exclamar su nombre:

—Don Simón Corujedo.

—Presente.

—Setenta y cinco pesetas.

Mi amigo, que desde el principio había notado que los demás concurrentes habían percibido más sueldo, no pudo menos que protestar y llamar la atención del habilitado; al que como resumen hizo esta pregunta:

—Oiga usted, caballero, ¿es que esos que han salido tienen mejor leche que yo, por si acaso?

El escándalo fué de los que hacen época.

Afortunadamente, la consignación se agotó pronto, y un buen día primero que esperaban todos aquellos granujones su paga, sacó el habilitado su nariz algo chata por la ventanilla y gritó sonriente:

—¡Amas de cría! Agotado el crédito, tengo el sentimiento de comunicarles que se les ha retirado la leche a todo el mundo. ¡Conque duro y a la oficina!

FRANCISCO LOYGORRI.

## MUERTO DE RISA

PERO MUERTO DE VERDAD

*Dicen los periódicos:* «Telegrafían de Petersburgo (Estado de Indiana) al periódico *Central News*, que un individuo llamado Juan Chamberlín ha muerto en un ataque de risa.

Chamberlín se encontraba en un «cine» cuando fue atacado de una risa nerviosa que le duró cuatro horas. De pronto cayó de la silla, y cuando fueron a recogerlo estaba muerto.»

*Y añadimos nosotros a la jocosa-fúnebre noticia:*

... y cuando fueron a recogerle estaba muerto, y en la mano derecha tenía un ejemplar de LA RISA y una linterna eléctrica en la izquierda para leer, pues allí los «cines» también están a oscuras.

Deseamos no se alarmen nuestros lectores. En España no nos morimos de risa, bien demostrado está. Si así fuera, ¿dónde estaríamos ya?

## UNA ESTRELLA CON RABO

LE digo a usted, don Torcuato, que con mi chica he resuelto el «problema de las subsistencias».

—¿...?

—¡Cá, no señor! Tiple de comedia es poco. Mucho más. La voy a meter a cupletista, que es el oficio más honroso y que más produce.

—¿...?

—Mi hija con su nombre llenará todo el cartel. Se llamará: «María Luisa Fernanda, la hija del obrero injustamente encarcelado, o la Estrella del sol naciente.»

—¿...?

—¿Pero es que usted no la ha oído cantar? Entonces diga usted que no sabe lo que es canela. ¡Niña, ven aquí! Cántale a este señor ese cuplé que te has aprendido en la academia, y que se titula: «No me guíes el ojo cuando voy en autobús, porque me da un patatús.»

Quien de esta forma hablaba era la portera del 15 de la calle de Válgame Dios, la cual había cogido bajo su férula al paciente don Torcuato, dueño de la peluquería de enfrente, y que no tuvo más remedio que invocar a nuestro bíblico y santo Job y tomar asiento después, dispuesto a escuchar a la futura «estrella».

La niña, que era talmente una sardina frita, puso los ojos en blanco y, al aire los cuatro pelos que tenía, color de tomate en conserva, con ademán semitrágico furibundo, cantó de la misma forma que podría hacerlo un gato cuando le pisan el rabo, dando unos alaridos capaces de asustar al mismísimo don Santiago Alba, que ya es.

El pobre don Torcuato sufrió una crisis de nervios horrible, lo cual, notado por la mamá de la flamante «estrella» y achacándolo al arte insuperable de su hija, le hizo exclamar, al mismo tiempo que la cubría de besos:

—Ya ve usted, don Torcuato, si no era una verdadera lástima que esta perla quedara perdida en la oscuridad de la portera.

Y como el paciente don Torcuato hiciera ademán de marcharse, pretextando la asistencia a sus quehaceres, la impertérrita portera le coge de las solapas de la americana y le obliga a sentarse nuevamente, diciéndole:

—Espérese usted, que ahora va a cantar un cuplé tan sentimental, que seguramente no tendrá usted más remedio que llorar. Con decirle a usted que lo quería estrenar la Raquel, y en la academia le han dado la exclusiva a mi hija por lo bien que lo hace. Verá usted cómo dentro de unos minutos está usted derramando lágrimas. Niña, canta aquel cuplé, que dice: «Acuérdate de aquel día que llamabas al sereno y no acudía.»

Don Torcuato creyó perder la razón. Aquello era horrible. No había derecho a someterle a aquel suplicio. Pero la portera le había cogido por su cuenta y no había medio de escapar.

... Y aguantó aquel nuevo cuplé llorando... de rabia, al pensar que carecemos de autoridades que sean capaces de meter en la cárcel a tantas «porteras filarmónicas» y «estrellas» con rabo como andan sueltas por ahí.



Y luego agregó la portera:

—Figúrese, don Torcuato, que entavía no ha terminado mi niña de aprender su repertorio, cuando ayer recibió aviso de que fuera a Maravillas, contratada pa levantá el telón. Pero yo, dije: ¡Cá! ¿Mi hija a levantá el telón? ¡Eso sí que no! Y mandé a mi marido, que tie mucha más fuerza.

Don Torcuato no quiso saber más. Sin despedirse, como una flecha, salió corriendo, y en la calle volvía la vista asustado, por si acaso le cogían para «colocarle» otro *couplet*.

ANGEL CLIMENT

## DISTRACCIONES

Los españoles, por lo general, somos los seres más distraídos de la creación.

¿No te ha sucedido nunca, queridísimo lector, salirte distraídamente de un bar sin pagar el vermut que tomaste? ¿No se te olvida con frecuencia pagar al cobrador del tranvía?

Seguramente que más de una vez te habrás visto en alguno de estos casos.

No vayas a creer que me figuro que lo hayas



—¡Caballero! Tenga usted la cartera que le había robado. El mareo me hace devolverlo todo.

Dibujo de LIMENDOUX.

hecho intencionadamente. Nada de eso. La culpa la tiene ese pajolero temperamento nuestro, tan propenso a sufrir distracciones.

Claro que, como sucede en todo, hay quien se distrae más y quien se distrae menos.

No tiene nada de particular que se nos olvide devolver un libro o cinco duros que nos hayan prestado; pero existen personas tan sumamente distraídas, que por bajar a la estación del *Metro* se mete en los evacuorios de la Puerta del Sol; quien por meterse en su casa, se mete en un autobús, y quien al pasar por delante de un espejo saluda al ver una cara que le es conocida; pero que en aquellos momentos no sabe si le pertenece a él o a un amigo de la infancia.

Pero yo creo que entre todas las personas distraídas que hayan existido y puedan existir se lleva el campeonato un señor a quien conozco.

Las cosas ocurridas a este señor, y que voy a referir, si no son verdicas, no les falta ni cinco minutos para serlo.

En él es cosa corriente ponerse la camiseta encima de la camisa, chuparse un dedo confundiendo con un pitillo y salir a la calle con el último botón del chaleco abrochado en el primer ojal, la bota del pie izquierdo en el derecho, y así sucesivamente.

Cuentan que una vez por ponerse un *bombín* salió con un flanero en la cabeza.

Pero, a pesar de todo esto, nuestro hombre es una bellísima persona, incapaz de hacer daño a nadie, y si alguna vez llega a hacerlo, es inconscientemente y sólo por culpa de su maldita falta.

Una vez casi creyó morir al ser avergonzado en un establecimiento público por un acto a que le llevó su distracción empedernida.

Con frecuencia se le olvidaba abrocharse los botones del pantalón.

Entró en una chocolatería y pidió un chocolate con bizcochos.

Cuando estaba ingiriendo dicho alimento, y una de las veces en que dirigió la vista hacia abajo, observó, ruborizado, que una cosa blanca salía del lugar que acostumbraba a llevar desabrochado.

«¡Vaya por Dios!—pensó para sus adentros—. ¡Ya me ha sucedido lo de todos los días!»

Y disimuladamente empezó a ocultar aquel pedazo de tela que asomaba irrespetuoso.

Terminó su desayuno, y cuando llamó al camarero y le preguntó lo que tenía que abonarle, le contestó éste:

—Una peseta del chocolate y una cincuenta de la servilleta.

—¿Cómo de la servilleta?—replicó sorprendido.

—¡A ver si se cree usted que aquí nos chupamos el dedo! ¡De la servilleta que le he visto guardarse con disimulo en cierta parte del pantalón!

Y el pobre señor, rojo como una amapola y casi desvanecido de vergüenza, lo comprendió todo.

¡Distraídamente había confundido la servilleta con el faldón de su camisa!

ISIDRO THOMÉ



## FANTASÍA JEREZANA

JEREZ, Jerez..., frontera del cielo! ¡Qué horas tan felices he pasado en esta población andaluza! Por muy frugal que se sea de ordinario, aquí, en este pueblo moro, donde no está bautizado el vino, pierde uno hasta el modo de andar. Es lo primero que se pierde.

Conste, desde luego, que yo bebo el vino solamente en la mesa: ya en la del comedor; ya en la del colmado; y que lo bebo ora del oloroso, ora del de misa, que es el que realmente ora.

Visito estas bodegas próceres y soy recibido de modo generoso. En estas salas amplias disfrútase un bienestar saludable, mientras nuestros ojos achispados acerician los venerables abdómenes de estas cubas, famosas en el orbe, que dan la vuelta al mundo y por las que el mundo da vueltas...

Las rancias bodegas jerezanas deben ser tenidas como maravillas geográficas, y, por de conrado, monumentos nacionales. El jerezano sabe bien el precio sin precio de estos tesoros áureos; sabe qué minas preciosas constituyen sus viñedos incomparables, y lo demuestra una ex-

presiva anécdota: «En la plaza del Arenal, sentado en uno de los bancos, cierto individuo goloso enarbolaba un grandísimo gajo de ambarina uva; uno a uno, los granos iban siendo engullidos por el insaciable gaznate; tanto como insaciable, afortunado, porque el año aquel las cosechas báquicas estaban perdidas. Pero bien poco le importaba al Noé que hubiera fracasado la vendimia. Pasó un borracho, tirado atrás el ancho pавero y desatada la faja. Iba más *ajumao* que una chimenea, y sus andares eran vacilantes y torpes; pero al ver al comedor de uvas y admirar el volumen desmesurado del racimo, se paró, colérico, y dijo:

—Márdita sea tu estampa..., que entre la filoxera y tú nos vais a dejá sin ná!..

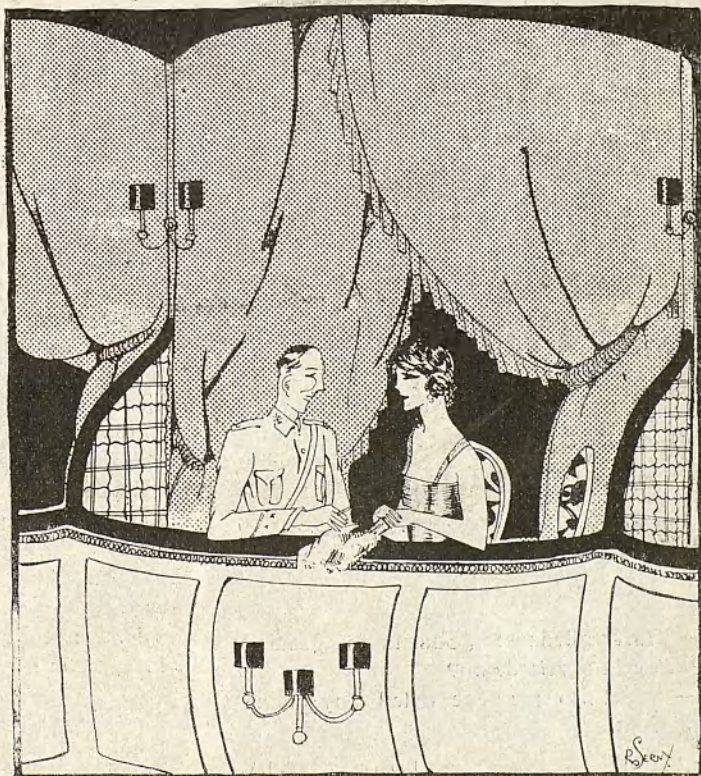
El pueblo tiene en estos néctares su tesoro, y verdaderos y reales palacios son estas bodegas. Yo quiero ponderar su hermosura y calidad insignes. En una bodega veo los Doce Apóstoles (doce enormes toneles) y el Cristo, que deben estar llenos de... vino de misa, probablemente.

Veo en otra bodega una especie de panteón de caldos añejos en barriles ajados, semejantes a momias: aquí Wellington, George IV, Napo-

¡Oh, la Legión!

—Dorita: ¿Te acuerdas cómo me gustabas antes?  
Pues ahora me gustas el doble.

—Y a mí el tercio.



Dibujo de SERNY.



león, Fernando VII... Al que me extraña no encontrar es a... Pepe Botella.

Los que no somos habitantes de Jerez no sabemos qué es néctar legítimo; fuera de aquí, creemos a veces beber zumo de vid y lo que ingerimos son productos del tinte. ¡Qué alegría sana infunden estos ilustres líquidos! ¡Qué optimismo nos prestan! ¡Qué esos describimos! ¡En estas naves sí que se marea uno de veras!...

—Compare—dice un jerezano a otro—, ¿a que no sabe usted por qué el vino es alegre?

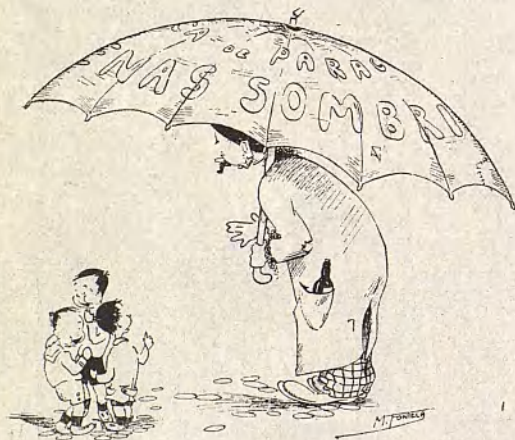
Responde el compadre guiñando un ojo:

—Porque quita las penas, y tó le parece a uno güeno, y dan ganas de cantá, y...

No, compare; el vino es alegre ¡porque lo jacen bailando!...

Esto es verdad, señores. De aquel zapateado frenético de los lagares sale luego una alegría artificial que hace loco al más cuerdo. Aquí, en Jerez, baila un baldado.

Yo pensaba antes que la vida era triste como un entierro; pero esta copilla de oro derramado me inunda de los siete gozos. Este *fino* me alborota las venas..., y este *aperitivo* me hace bostezar de hambre el alma..., y este *oloroso* me nubla las pupilas, y aquí me están danzando las niñas. ¡Las niñas! ¡Ah, qué bellas niñas cruzan el parque de la bodega! ¡Qué bellas niñas ponen a los envases las etiquetas!... ¡Fuera las etiquetas y los miramientos, y me bailo un fan-



—¡Sinvergüenzas! ¿Sus hago gracia?  
¿Por qué sus reís de mí?

—¡Ja, ja! ¡Porque tiene usted muy buena sombrilla!

Dibujo de FONTELA.



—Siento decírselo, pero su hijo está hecho un pez. No hace nada de lo que se le dice.

—¿Pero qué es lo que hace para ser tan pez?

—¿No le digo que nada?

Dibujo de BLUFF.

dango delante de este tonel que tiene con tiza un 34 gloriosísimo!

¡Ay, cuando me vaya de Jerez ya no beberé nunca, porque ha de serme amargo el otro!...

Pero... sí; venga este vinillo jerezano: criaré solera en el tonel de mi panza, y... se me harán buenos por siempre los vinos adulterados de otras tierras...

¡Uhm, he bebido como una cuba; estoy borracho como un lord y hablo inglés... ¡Viva Wellington!... Wellington... ¿Quién era este señor? ¡Ah, sí, un británico que vino a España, que vino...

Bien..., pues, que se quede. ¡A ver una copa de Napoleón a Wellington!...

José BRUNO

Jerez de la Frontera, agosto.



## LA HIJA DEL HOSPEDERO

MI amigo y compañero en estas pintorescas lides literarias, Nicomedes Salón, es, además de un tío con mucha gracia, un tremendo conquistador.

No hay señora que Nicomedes mire con los ojos entornados que no esté a los dos segundos trastornada y decidida a las mayores enormidades. Con lo cual resulta que ese pícaro de Salón se está dando una vida completamente musulmana.

Pero aquí viene lo incomprensible, lo que a todos sus amigos nos extrañó de tal manera que tardamos mucho en creerlo. Nicomedes se dedicó durante más de quince días a hacer el amor a una muchachita—monilla, sí—; pero no de la categoría que corresponde a un conquistador tan prestigioso como él.

Y lo más estupendo del caso era que la conquista se presentaba difícil, no por la chica, que cayó en seguida en las redes amorosas que le tendió Nicomedes, sino porque, enterado el padre de que a su hija la acompañaba todas las tardes un hombre, la encerró en casa, prohibiéndola salir a la calle.

El padre de la mocita es un tipo algo pintoresco. Desde que quedó viudo, hará de esto ocho años, renunció a un modesto empleo que tenía en el Ayuntamiento y se dedicó a sustituir a su difunta esposa en la regencia de la casa de huéspedes que tenía en un piso segundo de una de las calles próximas a la de Atocha. Y aunque el buen hombre era capaz de mondarle cuatro kilos de patatas en menos de diez minutos; de hacer un café con leche para el desayuno, que tenía la ventaja de no tener café para que los huéspedes no se pusieran nerviosos, y de no tener leche, para evitarles desagradables intoxicaciones; de hacer una cama en diez segundos y de barrer una habitación en cinco, y hasta de zurcir y planchar las camisas de sus pupilas, era también muy capaz de romper la cabeza a cualquier galanteador de su hija que antes no contase con la ausencia paterna.

Después de un encierro de una semana, la hija trató de convencer a su padre de las excelencias de Nicomedes:

—Te advierto, papá, que el muchacho que me acompañaba no es un cualquiera. Es nada menos que escritor. Hace novelas galantes, comedias muy graciosas, artículos festivos e *interviuses* a bailarinas y cupletistas.

—¿Y a ti te parece que un hombre que hace novelas galantes, artículos festivos e *interviuses* a bailarinas y cupletistas es un hombre que te conviene? ¿Te parece que un escritor puede ser una persona decente? ¡Quítate de mi vista, quítate de mi vista!

La muchacha entonces escribió una carta desconsoladora a Nicomedes comunicándole el mal éxito obtenido cerca de su padre y anunciándole que nunca más se volverían a ver, pues el autor de sus días y de sus noches la había reiterado la prohibición de salir a la calle mientras Nicomedes no ingresase en el honrado gremio de difuntos.



EL SARGENTO.—¿Cuáles son las facultades de usted?

EL QUINTO.—Pues... trabajar en las faenas del campo, y en cuanto a leira, sé un poquico, y en cuanto a fuerza, soy capaz de arrastrar una carreta.

EL SARGENTO.—Bueno: queda usted elegido para caballería.

Dibujo de ALFARAZ.

Aquella noche estaba en el café echando chispas. Con la voz tremante de indignación nos anunció a todos, después de contarnos lo sucedido:

—Os juro que yo burlo la vigilancia de ese tío. Claro está que la chica esa no me importa a mí ni diez y siete millones de marcos. Casi se puede decir que esta pequeña aventura está restándole algo a mi prestigio. Pero yo no puedo consentir que un miserable ex consumidor se atreva a retarme de ese modo. ¡Va a ver quién es Nicomedes Salón en eso de tener habilidad y pupila!

—¡No te pongas así, Nicomedes! Recapacita que, si bien es verdad que tú tienes pupila, él tiene un pupilaje completo!

—¡Gascón, que te mato! ¡Chistecitos ahora a mí, no!

Tuve que meterme bajo la mesa para librarme de él y llamar en mi auxilio al camarero, a la vendedora de periódicos y a una jamona que estaba sentada ante una mesa contigua, y entonces me convencí del gran cariño que me profe-



san el camarero y la vendedora de periódicos, a pesar de las veces que me he distraído y no he pagado, y a pesar también del gran número de pesetas sevillanas que he tenido el honor de colarles. Y me regodeé en la contemplación de las pantorrillas de la jamona.

Una vez que todo se hubo tranquilizado, Salón continuó, tan exaltado como antes:

—¡Ya verá, ya verá quién es Nicomedes Salón! Porque es viejo que la niña esa figurará en seguida en la relación de mis innumerables conquistas.

Esto sucedía un sábado por la noche. El domingo siguiente, a eso de las diez de la mañana, Nicomedes se presentó en la casa de huéspedes del ex consumidor.

Vió las habitaciones que había disponibles y alquiló la más cara: el gabinete del balcón grande, como lo llamaba el hospedero. Dijo Nicomedes que comería por su cuenta, y que sólo deseaba que el servicio fuese pronto y bueno, pues a ello estaba acostumbrado de siempre, y que, a cambio de esto, no le importaría pagar algo más. También dijo que abonaría su pensión por semanas adelantadas en lugar de hacerlo por meses.

—Esta noche, antes de acostarme, le daré a usted el importe de la primera semana.

—¡No faltaba más! ¡Cuando usted quiera!—repuso el hospedero, encantado de haber alquilado la habitación a aquel joven tan amable y que le iba a pagar el doble de lo que él siempre había cobrado por el gabinete del balcón grande.

Dejó a Nicomedes en su nueva habitación y cerró amorosamente la puerta. Ya en el pasillo, se frotó las manos satisfecho del buen negocio, y gritó a su hija:

—¡Mercedes, Mercedes!... ¡Que me voy a la compra!... ¡Que te acuerdes de que también la criada está fuera!

—Sí, papá. ¿Qué señores quedan en casa?

—El del gabinete del balcón grande. Si llama, no tardes en acudir y en servirle bien, ¿eh?

—Sí, papá.

—Te lo recomiendo, Mercedes. A ver si no cometes una grosería. Que es un señor acostumbrado a muy buenos tratos.

Cogió el capacho y salió dando un trastazo. Iba pensando mientras bajaba:

«¡Quién sabe si abajo estará ese infeliz escritor que hace la corte a Merceditas! ¡Qué lástima que no lo conozca! Porque como supiese quién es y me lo encontrase ahora, ¡qué trastazo le iba a dar!»

ANTONIO GASCÓN

## EL LORO APÓCRIFO

CUENTO VIEJO

MARDITA sea, home! ¿Pos no se m'ha orvidao er loro pa don Pepe?

Esta exclamación escapó de labios de *El Alacrán*, célebre picador de toros de una de las más

famosas cuadrillas, apenas arrancó el tren que había de conducirlo a su pueblo.

Antes de salir *El Alacrán* para América, don Pepe, hijo del cacique máximo de Alcalá de los Paletos, le había encargado, como merced especial, en pago de ciertos favores, que le trajese de allá un loro, por el que estaba perdidamente encaprichada su tierna esposa; y el pobre picador, que no se había acordado de tal cosa hasta que no estuvo camino de su pueblo, sentía profundamente el involuntario olvido.

—¡Osú, osú! ¡Con lo que me lo encargó don Pepito!

—No s'apure usté, compare—le dijo un compañero que iba para Sevilla—; cuando yegue usté ayí, merca uno en cualquier pajarería.

—And'usté ya, home; no sea usté así. ¿Oste cree que si en Alcalá hubiera d'esos bichos me iba a dar encargos don Pepe?

Razón tan contundente calló a ambos interlocutores por un buen rato, al cabo del cual dijo el compañero de *El Alacrán*:

—Yo tengo una idea, compare.

Y bajando la voz, se la expuso a nuestro hombre con todo lujo de detalles.

—¿Usté cree que eso pue sé?

—Ya lo creo; ¿porque en su pueblo habrá pintura?

—¿Y no se verá er truco?

—¡Qué se va a vel! A lo más, creerán que er loro es mudo.

En esto llegó el tren al pueblo de *El Alacrán*, y descendió éste a la estación, dando las gracias al autor de la idea.

\* \* \*

Cuando vió el picador a don Pepe en el casino se excusó, diciéndole que aun no le había mandado su encargo por esperar a que el animalito se repusiera del viaje; pero que a la mañana siguiente se lo mandaría. Y así fué, en efecto.

\* \* \*

Un mes llevaba *El Alacrán* en Alcalá de los Paletos y sus cortas vacaciones daban fin sin que don Pepe le hubiese dicho nada del loro.

Algo acharado traía esto al picador, que decidió enterarse al fin de lo que ocurría, y aquella misma tarde fué al casino dispuesto a preguntar.

\* \* \*

—¡Adiós, *Alacrán*!

—Buenas, don Pepe y la compañía.. (Pausa). Home, don Pepe, ¿y er lorillo? ¿Habla, eh?

Don Pepe sonrió decepcionado y repuso:

—¡Caya, home; tú no sabes! Yo no te había querido desí ná por no disgustarte; pero... er lorito no solamente no habla, sino que no deja hablar a nadie. Apenas entramos en donde está, se pone a sisear. Chsss... Chsss..

\* \* \*

*El Alacrán* había mandado a don Pepe una lechuza pintada de verde.

OLAMBRILLA





## A VUELTA DE CORREO



No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia particular ni conversaci3n acerca de ellos. De la admisi3n o exclusi3n de los mismos se dar3 cuenta exclusivamente en esta secci3n.

Se ruega a los colaboradores espont3neos hagan constar en los originales que envien si son para LA RISA o para PANCHOLATE.

Los autores son los 3nicos responsables de sus trabajos.

**Bernardino de Pantorba.** Madrid.—Ya advertimos al principio de esta Secci3n que no se publican los artculos con seud3nimo, as3 es que est3 usted ya completamente fuera de cacho; pero si esto fuera poco, nos larga usted una «Oraci3n f3nebre» dedicada a LA RISA; y la verdad, estamos muy bien de salud, y m3s oportuno hubiera sido enviarnos una pianola, por ejemplo, que es algo agradable.

En fin, ello nos ha dado la feliz ocasi3n de saber que es usted el corresponsal de *La Raza*, revista de «vinculaci3n» hispanoamericana, seg3n reza el opulento membrete de su misiva de env3o.

H3ganos otra cosa que no sea de muertos, y si tiene gracia, tendremos mucho gusto en public3rsela.

**Eugenio Esquivias.** Madrid.—Mande otra cosa, porque «Cuarteleras» es un asunto bastante viejo, como usted honradamente titula. Y como no nos disgusta su manera de escribir, esperamos que har3 algo gracioso y original a prop3sito para nuestro semanario.

**D. T3o. Dehesa de Montijo.**—«El veraneo en Venus» que usted nos describe ser3 estupendo si no soplara ese viento «huracanado» de que usted habla. El hurac3n es molesto siempre; pero con dos erres debe ser inaguantable, as3 como su artculo.

**R. Garc3a Fern3ndez.** Zelu3n.—¡¡¡Hay que ver, hay que ver, la serie de idioteces que «ma» hecho usted leer!!!

**M. Borrego Romero.**—Publicamos a continuaci3n un p3rrafo de su artculo, por si el p3blico tiene la suerte de poder descifrar su pensamiento, porque nosotros confesamos ingenuamente que no lo hemos entendido.

«... Y concluimos a3adiendo que hemos hecho la deducci3n de que al que tiene una amistad m3s grande de lo conveniente con las hipocr3nides, se le ocurren a veces cosas que quiz3 sean demasiado adelantadas para este siglo, y que tal vez las comprendan a la perfecci3n nuestros querid3simos y aun no anunciados nietos.

Inconveniencias de haber nacido en la edad de Benavente.»

**Fernando de Santillana.** Madrid.—D3jese de cr3menes y m3ndenos algo alegre.

**Carlos Arilla.**—Procuraremos que se publique su colecci3n de astracanadas.

**R. G.** Madrid.—Cuando env3e m3s cosas haga el favor de indicarnos (que sirva este aviso a todos los colaboradores) si son para LA RISA o *Pancho Kolate*. Nada de enviar las cosas para donde nos parezca. Creemos que el autor debe saber lo que hace y para d3nde. Lo que nos env3a usted ahora es muy largo, y cosas parecidas tenemos como para rellenar los jergones. Ya tiene usted varias cosas aqu3. ¡D3jenos respirar! No recordamos el t3tulo de lo de «R. el del Vati».

**Cr3fido Primo.**—Entra en cartera; pero paciencia. La vida es larga, como el Metropolitano.

**El europeo negro.** Madrid.—No env3e artculos desarticulados, que eso es muy c3modo para vos. «¿Usted comprende?...», pregunta que hace usted setenta y cuatro veces en uno de sus artculos (?).

### PRECIOS DE SUSCRIPCI3N

#### Madrid, provincias y Am3rica.

##### Pesetas.

Trimestre.....	3,60
Semestre.....	7,20
A3o.....	15,60

#### Extranjero.

##### Un3n postal.

##### Pesetas

Trimestre.....	4,80
Semestre.....	9,60
A3o.....	19,20

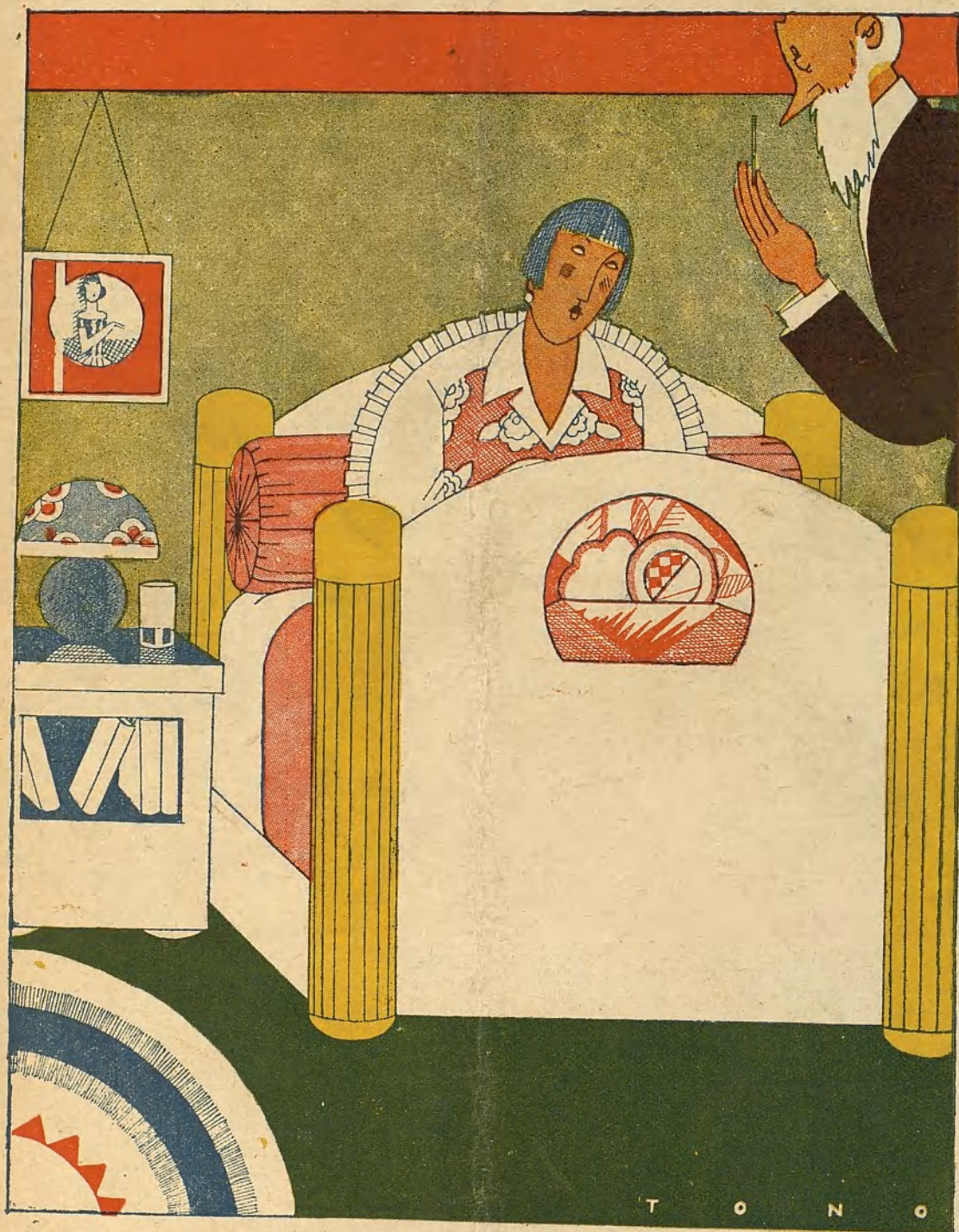
Las suscripciones empezarán con el primer n3mero de cada mes.

Los suscriptores tendr3n derecho, sin aumento de precio, a los n3meros extraordinarios que pueda publicar LA RISA.

**Dirijase toda la correspondencia al apartado 7.002.**



# LA RISA



El doctor.—¡Ay, amiga Paquita, que mal la veo hoy!  
Ella.—¡Pero si no se ha puesto usted las gafas!  
El doctor.—Por eso digo que la veo mal.

Dibujo de TONO.